ANTONIO MACHADO Y BAEZA. PERSONAJE Y ESPACIO NOVELESCOS EN *NIDO REAL DE GAVILANES* (1931)

«Doña Catalina era bella y de atractivo singular. Casada, vivió honestamente, sin visitar estrado ajeno ni salir a la calle sino a su misa, que era en la iglesia de San Pablo, enfrente de la casa de Figueroa. El tiempo libre lo empleaba en ayudar a la limpieza, en hacer primorcicos de bastidores y en la lectura de los libros que había heredado de su padre: el *Quijote,* la *Santa Biblia, Gil Blas de Santillana* y otros volúmenes de obras ascéticas y clásicas; pero, ni un solo libro de los modernos; y eso que doña Catalina soñaba con leer *Dulce y sabrosa, Realidad, Pepita Jiménez* y algunos más de los autores que Clarín elogiara con ditirambos en *Los Lunes del Imparcial.* Sueño imposible, desde luego, porque don Andrés reñiríala si malgastase sus ahorros en comprar noveluchos de a ciento en boca.

A los tres años de las nupcias alumbró doña Catalina y se murió de sobreparto. Llorola el viudo amargamente, mas se consoló, poco a poco arrobándose con el vástago, al que dio el pecho ama Gabriela. De acostumbrarse a contemplarla cuando tiraba de la ubre, sin patalear de susto ni dar berridos, sostenía su padre que el pequeñuelo era más valiente que el Cid; y no iba asaz descaminado, porque Gabriela en sus abriles –sostengamos esta premisa sin que se entere de ella Bartolomé–, adoleció de igual carátula, de idénticos bigotes e hinchados morros que en el declive de la edad.

Alonso apuntó desde púber como su padre no quisiera, pues fue sobrado revoltoso, derrochador e independiente. –¡La sangre de los Figueroa!– se lamentaba don Andrés porque él hubiera preferido que fuese apacible y modoso como

la santa de su madre –que también era Figueroa, aunque de distinta cochura –o los ahorrativos *Galápagos*.

En el Instituto de Baeza se hizo bachiller fácilmente; que en el saber no tuvo límites y a todas las asignaturas se aplicaba con devoción. Estudió francés con Machado, el poeta taciturno de *Galerías,* por aquel tiempo catedrático, y le acompañó muchas tardes a pasear por las Montalvas. De él aprendió cosas sublimes nada concordes con la cátedra que explicaba en el Instituto; por ejemplo: a amar el paisaje que, desde algunos sitios de las murallas desplegábase en la diaprura de sus profundos horizontes más allá del Guadalquivir, cantado en estos versos por don Antonio:

El río va corriendo
entre sombrías huertas
y grises olivares
por los alegres campos de Baeza.
Tienen las vides pámpanos dorados
sobre las rojas cepas.
Guadalquivir como un alfanje, roto
y disperso, reluce y centellea.
Lejos, los montes duermen
envueltos en la niebla,
niebla de otoño

Y a más de esto, le enseñó al doncel, sin alardes, a venerar los arquetipos de la arquitectura beatiense, deteniéndose con frecuencia ante algunas portadas de la Basílica; y en la extraña casa del Pópulo, erigida con materiales de la que fue ciudad de Cástulo; y ante la gótica fachada del palacio de Benavente que afeó la centuria decimonona, recargándolo con balcones y cristaleras de mal gusto; y frente al edificio que para cárcel –pétreo primor del siglo quince–, construyó el maestro Vandelvira, discípulo de Miguel Ángel; y en el magnífico Instituto, con fastos de gloriosa Universidad que regentó como patrono el venerable Juan de Ávila; y en los escudos de infanzones, y en los joyeles platerescos, y en tanta y

tanta maravilla como hacen de Úbeda y Baeza –las dos ciudades de la Loma–, relicarios de viejos siglos.

En horas libres del estudio, Alonsillo, contrariando la paternal economía, logró lo que su madre no consiguiera: comprar libros de autores universales y los más célebres de España, con los que, al propio tiempo que iba ganando cultura de hombre sin prejuicios, exaltaba su fantasía, acaso, más de lo prudente.

Ya bachiller, siguió estudiando con igual afán de sapiencia y fue a Granada a examinarse, y aprobó leyes, sin tropiezos. Después de sentirse hecho un hombre –sin que tales triunfos inteligentes envanecieran a su padre, que hubiere deseado para Alonsillo inclinaciones más obscuras, más apegadas a la tierra... de los demás–, vino el sosiego. Su mentor, el gran poeta de *Soledades*, marchará a enseñar versos gálicos y a martirizar sus botones a otro Instituto de Castilla: y no teniendo, sin Machado, partícipe de andanzas peripatéticas –pues Currito Salcedo y otros joviales camaradas de la niñez no hablaban más que despropósitos y eran ignorantes y majaderos–, prefirió agarrar su escopeta e irse con Margallo y, a veces, con el hosco Bartolomé, como cuando era mancebillo, a tirar a las cordonices, o al Sur, de liebres, que se cogen pegando palos en las eras, según expresión del manchego».

SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA

(*Apud* Valladares Reguero, A., *Guía literaria de la provincia de Jaén,* Jaén, I.E.G., Diputación Provincial, 1989)